

última hora

críticas

Un Nobel para la literatura japonesa

Remozador del lenguaje

Carmen L. Cueto

El desconocimiento manifiesto de la inmensa mayoría de los lectores occidentales hacia las letras asiáticas implica no tanto una deliberada desidia o desinterés como una carencia vergonzosa de opciones al respecto.

No es habitual encontrar en las librerías novedades literarias procedentes de Oriente que vayan más allá de ese oscuro aspecto espiritual-esotérico hacia el que el primer mundo vuelve continuamente sus ojos en busca de nuevas respuestas a viejas preguntas: «¿Cómo puedo alcanzar una felicidad que no merezca?».

Japón es una gran potencia mundial, económica, social... y creativa, lo cual no implica que la aproximación hacia el público occidental sea más fácil. Vender literatura es un negocio sumamente complejo, incluso cuando ésta ha probado su calidad en numerosos foros, porque normalmente se aleja de los gustos intrínsecos de una mayoría que acude insaciable a los mismos temas, tópicos y plumas para encontrar las mismas respuestas en sus pocas horas de ocio. Pero Japón es, además del yen, la Sony, la Fujitsu, la Nissan y la Nikon; «Rashomón» o «Los 7 samurais»; Mifume, Kitano y Kurosawa; y es también Kenzaburo Oé.

Este mezquino desconocimiento cultural que establece una barrera infranqueable entre manifestaciones culturales tan sólo por el hecho de encontrarnos a miles de kilómetros de nosotros resulta, en la sociedad de la comunicación, en la aldea global, imperdonable. Hace no mucho tuve la oportunidad de aproximarme a una obra reseñada en estas pági-

nas y escrita por un estadounidense enamorado de Japón, «El cuello de Audrey Hepburn», de Alan Brown. No dejan de ser encomiables este tipo de aproximaciones a la cultura y la idiosincrasia del japonés moderno, pero no por ello hemos de olvidar que la mejor forma de comprender al otro es oír sus propias palabras, y esas palabras deben de partir de una voz nativa, de una pluma como la de Kenzaburo Oé.

Oé es actualmente el mejor y más reconocido narrador japonés de postguerra. Nacido en 1935, la editorial Anagrama nos ha permitido aproximarnos a la figura de este premio Nobel (1994) en reiteradas ocasiones, la última de la mano de un relato sobre el autor, «Arrancad las semillas, fusilad a los niños» —la que viene hoy al caso—; una novela cuyo título se revela de por sí impactante y esclarecedor. La calidad de una buena obra se manifiesta irrefutablemente en la forma en que es leída. «Arrancad las semillas...» se lee sin parpadear, con tensión en el espíritu y una pre-

guntita en la mente.

Kenzaburo es febril en el ritmo de la escritura, sencillo pero intensamente eficaz. Sus temas son abrumadores y contienen una carga emocional palpable desde la primera línea expuesta de una forma impecable, pulcra, directa y atrayente. Es precisamente su aparente sencillez formal una cualidad inapreciable, agradecida, difícil de alcanzar, pero que una vez dominada resulta brillante.

Prosa y temática de esta novela van unidas intrínsecamente.

Arrancad las semillas, fusilad a los niños

Autor: Kenzaburo Oé.
Editorial: Anagrama, Barcelona, 1999.
Número de páginas: 183

Forma y contenido se complementan. La ira contenida propiciada por los sentimientos de soledad,

abandono y desamparo de unos huérfanos en plena segunda guerra mundial se integran a la perfección con la sinceridad brutal y descarnada, pero no por ello menos poética de su autor.

Realmente no somos conscientes de lo que nos estamos perdiendo. «Arrancad las semillas, fusilad a los niños» lo evidencia. Kenzaburo Oé nos lo demuestra.



'Poema visual, 1989', obra de Joan Brossa

García Berrio inaugura la nueva colección de Ensayo del Ayuntamiento

El área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga ha creado una colección de Ensayo que, dirigida por Francisco Ruiz Noguera, profesor de la Universidad y poeta, ha presentado su primer tomo, del que es autor el catedrático de la Universidad Complutense de Madrid Antonio García Berrio.

La colección, que lleva por nombre genérico *Aire Nuestro* en honor del poeta Jorge Guillén, se inicia con el título «Forma interior (La creación poética de Claudio Rodríguez)», un libro de 800 páginas en el que el catedrático García Berrio analiza la obra poética del desaparecido Claudio Rodríguez.

La nueva colección tiene una edición impecable, con portada de cartón duro en color amarillo sepia en su fondo. Todos los volúmenes llevarán un logotipo propio y una ilustración, que en este primer tomo es del pintor Jorge Galindo.

cruce de vías

Individuos S. A.

Hace tiempo quería escribir sobre un libro de relatos: «Individuos, S. A.», que publicó la editorial Arguval en primavera. Pero no soy crítico literario, sólo me gusta leer buenos libros y dejarme enredar por la trama y la maraña de historias como las que cuenta este individuo anónimo con cara de chino vicioso que responde al nombre de Guillermo Busutil.

Necesitaba hacer justicia sobre un libro silenciado por los críticos; ya sabemos que los suplementos literarios están sujetos a directrices editoriales ligadas a determinados medios de comunicación. Además, el autor pertenece a esa clase de personas anónimas que aspiran a pasar por la vida sin hacer ruido ni molestar a nadie. Por lo cual un buen libro pasa desapercibido, hasta que los lectores van corriendo la voz de las historias que acaban de leer y que pertenecen a un individuo anónimo que se escuda tras el nombre formal y nove-

lesco de Guillermo Busutil. Un ladrón de guante blanco que se define a sí mismo, en la voz de Matías Vandelvira, como individualista brillante y metódico; un esteta de mente rápida y activa. Pero esto nunca reconocerá haberlo dicho el autor del libro, argumentará que son cosas del personaje Matías Vandelvira.

Guillermo Busutil es mejor transformista que su otro personaje Sayalonga, famoso en el Barrio Chino, un amigo incapaz de traicionar a nadie y que mira el mundo con el escepticismo de quien ha visto desaparecer los ideales, el coraje y la confianza en los demás. Guillermo es capaz de convertirse en Ernesto Dvorak, el fotógrafo que va buscando la muerte que llevan dentro las mujeres jóvenes y hermosas. Un fotógrafo que maquilla la modelo para darle apariencia de muerta, mientras que en otro relato el borrador de huellas maquilla el cadáver de una mujer para que parezca estar viva. No cabe duda

que detrás de ambos personajes se esconden de la misma mente diabólica. Como podemos encontrarla en el viejo Garret, que fue capaz de retratar la mortalidad en tiempo real. Guillermo también puede convertirse en Joaquín Perrier, un obseso por la lencería que busca el deseo en los velos de lo vedado y que se dedica a robar la ropa interior de las mujeres de los tenderos, lavadoras o armarios, hasta crear tal alarma social que deja a las mujeres con la sensación de andar desnudas cuando un hombre las mira por la calle. O se convierte en el boxeador con el nombre más romántico de todos los boxeadores que jamás he conocido: La Rosa de Soweto. O en Tato Durán o Tito Salgari, que cada día se encara al destino practicando la ruleta rusa con una bala de plata. O el policía que mantiene en éter los índices de quienes en otro tiempo se hicieron famosos apretando el gatillo. Personajes anónimos, inolvidables, que se cruzan con nosotros por las páginas del libro.

José A. Garriga Vela



Antonio A. Gómez Yebra
Silva de varia realidad
Autor: Arcadio Pardo.
Editorial: Diputación de Granada.
Número de páginas: 105.

He aquí un libro bien editado, número 31 de la Colección Genil de Literatura que publica la Diputación granadina y donde han tenido cabida escritores de varias tendencias y lugares de procedencia, desde el vallisoletano Antonio Piedra hasta este desarrraigado andaluz, afincado en Francia: Arcadio Pardo. Digamos que el conjunto de textos está agrupado en dos partes, a las que sirve de introito el poema «Silva, porque es plural», una especie de explicación de la conformación y la intencionalidad del todo. La primera parte de la obra, «Las escrituras», es un viaje al pasado a través de documentos, lienzos, lugares, en especial de Brujas.

El poeta se detiene morosamente ante los motivos que lo inducen a la inspiración, y se atreve, más que postnovísimo, a elucubrar, como si de Agatha Christie se tratara, cuál es la identidad profunda de un retratado, cuáles son los motivos de un testamento, «quién pasaba por allí» y quedó inmortalizado. Semejante posicionamiento lírico no es novedoso, porque está en tantos libros de poesía, e incluso de prosa. Algún poema («Se ha caído de un lienzo», por ejemplo) me recuerda vivamente «La infanta baila», de Manuel Hidalgo, e incluso «El año de Velázquez», de Eliacer Cansino, ambas novelas.

En el segundo bloque, «De otras fuentes», los motivos son otros, casi siempre relacionados con la muerte y el porvenir del hombre que se ha quedado sin el aliento vital. Hay en esta zona un toque de poesía social, que denota una agudeza poco común y un gran sentido ético del autor. Por ejemplo, en este fragmento: «Son huesos blancos, / calcinados de sol, / heridos por la cal, / desnudados de viento, / blancos como la espuma / del mar que nunca vieron. // Eran esclavos negros». Todo el poemario presenta magníficos ejemplos de contraste, y el autor hace uso de las licencias poéticas más variadas, tanto en cuestiones métricas como en figuración. No le importa hacer uso de lo más antiguo junto a lo más moderno, le viene bien usar el vino añejo en odres nuevos, pero también el vino nuevo en odres viejos. Entre sus preferencias se halla el uso de vulgarismos y arcaísmos, que vienen a qué, como «enantes», «nos» por nosotros, «atamores» en lugar de «atambores», y fórmulas extrañas.

La enumeración caótica y la acumulación están usadas magistralmente, así como los hiperbatones y las gradaciones. Se trata de un poeta moderno, que no tiene empacho en usar lo antiguo; que rompe con la filiación tradicional del verso, que usa a su antojo las fórmulas de medición, no importándole crear sinalefas allí donde quiere potenciar una expresión. Arcadio Pardo es, sin duda alguna, un remozador del lenguaje poético.